

Érase un amor futuro

Anne Kelleher



Traducción de María José Quiroga Fernández

Pandora

## Prólogo



Inglaterra, 1214

La lluvia helada hacía correr la sangre por las caras grises de los moribundos y los muertos y la estancaba en los pequeños valles de las cuencas de los ojos de mirada fija y en las bocas abiertas. El señor Richard de Lambert, recientemente designado señor de todas las autoridades de la región lindante con Gales por su majestad, el rey Juan, limpió en su gruesa capa de lana frisona los pedazos de carne que todavía se agarraban a la hoja de su espada y asintió con la cabeza mientras escrutaba la matanza.

—Así aprenderán.

Miró hacia atrás a su pupilo que estaba sentado sobre su caballo, en silencio, con el rostro ceñudo, entre los hombres de armas.

—¿Qué ocurre, Hugh? ¿Nunca has espetado un conejo galés?

Con la punta de su espada empujó el cuerpo encogido de una niña de pelo moreno. No tenía más de cinco o seis años. De Lambert se rió con burla del evidente malestar de Hugh, mostrando unos dientes blancos nivelados en una cara enjuta, curtida, que resultaría apuesta si su expresión no fuera tan feroz.

Hugh se estremeció. Tenía quince años y, de no haber sido por unas pocas palabras que nunca dijeron sus padres ante un sacerdote, no habría habido necesidad de que De Lambert apareciera en su vida o en la de su hermanastra. Si él hubiera sido el heredero legítimo, en vez de Eleanor, habría demostrado al rey mediante la fuerza de las armas, si fuese necesario, que no necesitaba un tutor, especialmente uno tan codicioso como este. Bajó la vista hacia sus manos, ya cargadas de callos y ásperas por las cicatrices, y no dijo nada.

Geoffrey de Courville, capitán de los hombres de armas y él mismo hijo bastardo de un caballero normando, echó un vistazo primero al niño que estaba a su lado y luego al cielo encapotado. Se aclaró la garganta:

—¿Vamos, mi señor? —Apretó las manos sobre las riendas de la montura de De Lambert y tiró de su propia capa para acercársela más a la garganta. El semental piafó y pateó, impaciente por regresar a un establo caliente y a la avena seca.

—De acuerdo, Geoffrey. Vayamos. —De Lambert envainó la espada y se colgó la capa empapada sobre el hombro—. Tengo un apetito voraz. —Con un balanceo montó en la silla, sus movimientos eran gráciles y seguros para un hombre tan grande. Al ver la cara de su pupilo, rompió a reír.

—Tengo que endurecerte, chico. Un hombre sin tierras tiene que ganarse el pan... ¿verdad, Geoffrey? A menos que quieras ser un cura.

Hugh se revolvió, guardándose una réplica a la burla en la voz de De Lambert. Captó la atención de Geoffrey y apartó la vista. No iba a darles nada a estos animales, nada en absoluto.

—No, mi señor —respondió quedamente—. No tengo vocación para la Iglesia. —La lluvia se abrió paso por debajo de su capa y se escurrió por el cuello, pero él no permitió que se notara su malestar.

De Lambert echó un último vistazo alrededor de los escombros de la aldea. Las cabañas vacías formaban un círculo desolador y los cuerpos cubrían el descampado, retorcidos en su agonía final.

—Volveremos y quemaremos el terreno cuando acabe este maldito temporal.

Agitó las riendas y el caballo se puso en marcha a un trote tranquilo. Los demás hombres se volvieron y le siguieron, los cascos chocaban ruidosamente a través de la maleza.

Hugh cerraba la marcha. Por debajo de la espesa cubierta de hojas, el aguacero se reducía a un goteo constante. Había sido una primavera fría y un verano húmedo, y ahora parecía como si el otoño fuese las dos cosas. Cuando los demás no lo veían, se permitió temblar y se subió la capa. Tenía la nariz roja. El agua goteaba debajo de su capucha de cota de malla. Antes de que De Lambert y

sus subordinados vinieran al castillo de Barland, Eleanor le habría esperado en la puerta, riendo y regañándolo, con ropas secas y un cuenco de vino humeante, pero ahora Eleanor estaría recluida en su estancia y el vestíbulo sería una caverna oscura y fría. Los sirvientes permanecerían escondidos en la cocina, para aparecer solo cuando De Lambert bramara pidiendo su cena.

Perdido en sus pensamientos, Hugh se sobresaltó cuando el caballo de Geoffrey se encabritó y chilló, y uno de los hombres delante de él cayó al suelo con una flecha entre sus omóplatos. De Lambert hizo volver a su montura inmediatamente y sacó la espada con una mano.

—En guard... —Su voz acabó en un gorgoteo, interrumpido cuando una flecha pasó, perforando su garganta. Otra flecha le golpeó el pecho con un ruido sordo. Por un momento se quedó rígido, como absorto, y luego se desplomó hacia un lado de la silla.

En medio de la confusión, Geoffrey alcanzó las riendas sueltas de su señor. Mientras una descarga de flechas caía sobre la desventurada compañía, Hugh se agazapó y espoleó a su caballo. Se abrió paso entre los agitados soldados y cabalgó con brío hacia la fortaleza. Detrás de él oyó a Geoffrey exigir algún atisbo de orden y esperó que Dios lo perdonara por desear verlos a todos muertos.



Inglaterra, 1994

El camino bajaba serpenteando entre los techos de paja del pueblo, pasaba por delante de jardines de ordenadas filas de rábanos y repollos, bordeadas por caléndulas, los tendederos cargados de sábanas y ropa interior, y las vallas bajas de piedra donde las bicicletas se apoyaban como abuelos retorcidos que descansan en el último resplandor de la tarde. Richard Lambert redujo la velocidad del pequeño Morris prestado hasta un stop cercano y asomó la cabeza fuera por la ventanilla para intentar ver a izquierda y derecha en el cruce.

A su derecha, una iglesia antigua se ceñía a la leve pendiente como si hubiera sido plantada, no construida, y las lápidas irregulares del camposanto brotaban como hongos expuestos a la intemperie. Detrás de la iglesia, extendiéndose hacia el horizonte, las montañas de Gales eran un telón de fondo azul oscuro frente al cielo azul claro.

Mientras observaba, cuatro mujeres con batas descoloridas salieron de la iglesia llevando fregonas y cubos de los que colgaban trapos húmedos. Se detuvieron en el pórtico y lo miraron; le pareció que con recelo.

Miró a la izquierda. Al final de la fila de tiendas, más allá de la frutería y la carnicería, la panadería y la oficina de correos, había una taberna de dos pisos con la estructura de madera. Encima de la puerta estaba la palabra «coraje». Una señal bamboleante revelaba que el nombre de la taberna era El cordero y los osos.

—Bueno, Ele —dijo en voz alta, por costumbre. Ese apodo había surgido como una broma, basada en la inscripción de Lucy en la guía telefónica, cuando se conocieron—. Lo he hecho. —No había pasado el tiempo suficiente desde que ella se había ido como para que él notara su ausencia. Seis meses después de su muerte, su primer impulso todavía era esperar unos minutos siempre que entraba en el coche, llamarla al acabar el día, consultar con ella primero antes de hacer planes.

Quitó el pie del embrague con cuidado y lentamente condujo el pequeño Morris bajo la calle estrecha. Lo que debería de haber sido la acera apenas tenía anchura para un peatón y, en caso de que un coche circulara calle abajo, a buen seguro era necesario que los viandantes se aplastaran contra las paredes de piedra gris de los edificios.

Mientras aparcaba el coche torpemente en la diminuta parcela junto a la taberna, reparó en que era como una miniatura. Inglaterra estaba llena de coches pequeños, calles pequeñas, casas pequeñas llenas de habitaciones pequeñas, con techos bajos y escaleras de caracol. Pero Inglaterra era la tierra que Lucy había adorado.

Había pasado su infancia aquí, en algún lugar al oeste del país, y había regresado a los Estados Unidos cuando tenía dieciocho años porque la empresa trasladó a su padre y toda la familia lo acompañó. Nunca había vuelto, ni por medio de la universidad, ni en ninguno de los años de su matrimonio. Habían sido unos estudiantes luchadores cuando se conocieron, él en la facultad de Derecho, ella trabajando en su doctorado sobre Historia Medieval. Su noviazgo había sido breve: desde el día que la conoció él nunca había vuelto a mirar a otra mujer. Pero los niños llegaron muy rápido después de casarse y, en todos los años en los que estuvieron juntos, nunca tuvieron la ocasión de planear un viaje a través del océano. Ni tampoco el dinero, entre los créditos para la escuela, los plazos del coche, las facturas del dentista y las clases de piano. Pero Lucy no olvidó a su primer amor y había llenado su casa de música inglesa, publicaciones inglesas y libros ingleses sobre historia inglesa. Él recordaba cómo ella solía leer poesía medieval en la cama, su voz aún ronca después de haber hecho el amor. Ruborizado por el

recuerdo, hizo pasar su alta estructura por la pequeña puerta y se enderezó lentamente en toda su longitud.

Estaba acostumbrado a pensamientos imprevisibles como esos a estas alturas, inesperados recuerdos como pedacitos de papel que aparecían dentro de su cabeza sin ninguna razón aparente y en cualquier momento. Al principio, había pensado que podía estar simplemente un poco loco, pero un psicólogo le había asegurado que el dolor era un proceso complicado. Así que aceptó el pensamiento como real y lo ocultó deliberadamente.

Una enorme chimenea de ladrillo ennegrecido dominaba la pared a su izquierda, con una larga barra a la derecha. El hogar estaba vacío y no había otros clientes. Miró su reloj. Las tres en punto.

Una mujer de mediana edad con el pelo grisáceo, que llevaba un delantal azul, entró por la puerta que estaba en el medio de la pared de enfrente, secándose las manos en una toalla.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —Hablabla con el tonillo musical de Gales.

—Yo, eh, solo estaba echando un vistazo. ¿Podría pedir algo para comer?

—La cocina está cerrada. Llega un poco tarde para el almuerzo y no volvemos a servir comidas hasta la hora del té, pero puedo traerle un almuerzo de labrador, si le parece bien.

—¿Y algo de beber?

Su cara se plegó en una sonrisa.

—Eso sí es posible. Tome asiento. —Señaló con la cabeza a las mesas redondas que estaban delante de la chimenea—. Enseguida vuelvo.

Obedientemente, se sentó y miró alrededor. Un escudo de armas colgaba de la pared detrás de la barra, quizá el origen del nombre de la taberna, ya que representaba un cordero entre dos osos de pie. Lucy habría sabido la descripción heráldica correspondiente.

Lo señaló con la cabeza cuando volvió la mesonera. Mientras ella dejaba pan, queso y tomate delante de él, le preguntó:

—Ese escudo de armas... ¿es suyo?

—Cielos, no. Se supone que perteneció a la familia que estuvo aquí una vez, los Lambert. Eran los terratenientes de la zona hasta cerca del siglo dieciséis; no, diecisiete.

—¿Qué fue de ellos?

—Bueno. —Se puso las manos sobre las caderas y pareció colocarse más cómodamente sobre los pies—. Yo no soy historiadora, pero creo que se pusieron del lado del rey contra Cromwell. Todos murieron en la guerra civil y si hubo algún superviviente, nunca volvió a casa.

—¿Y cómo es que todavía conserva las armas sobre la barra?

—Trescientos años no es tanto tiempo atrás. Usted es americano, ¿verdad? —Cuando él asintió, ella se encogió de hombros—. El tiempo se mide de diferente manera aquí que en América, supongo. Su país todavía es nuevecito comparado con este. ¿Está de vacaciones?

—Algo así. —Picó un poco de queso—. Me llamo Lambert. Mi mujer... era historiadora medieval. Ella pensaba que mi familia podía venir de esta parte de Inglaterra. Debíamos haber hecho este viaje juntos. Pero nunca tuvimos la ocasión.

—Lo lamento, señor.

Él alzó la vista rápidamente hacia los ojos suaves y compasivos de la mujer, pero el nudo en la garganta le hizo imposible hablar.

—Querrá ver las ruinas del castillo de Barland.

Él cortó el pan por la mitad.

—¿Ruinas?

—De Barland. No está lejos. Se remonta a casi mil años atrás, hasta 1066. La finca señorial fue quemada por los hombres de Cromwell y no queda nada de aquello. Y hay algunas tumbas en el cementerio de la iglesia que puede que le interese ver..., pero no vaya allí después de oscurecer.

—¿Por qué no? —Se rió—. ¿Está embrujado?

—Dicen que el primero de los Lambert era uno de los hombres del rey Juan. Aterrorizó al país para mantener a los campesinos en su sitio, supongo. Pero durante su madurez sentó la cabeza y construyó la iglesia para el reposo de las pobres almas que masacró. Pero los asesinados no descansan bien, dicen, aunque los asesinos duermen en paz.

Richard sonrió. Inglaterra estaba llena de fantasmas, decía siempre Lucy, y ella disfrutaba recopilando historias. ¿Qué pueblo que

se precie no iba a tener algunas damas fantasma errantes o caballeros sin cabeza galopando por las calles a medianoche? La mesonera puso una pinta de cerveza negra delante de él.

—Las ruinas no están lejos. Bajando la carretera y pasando la iglesia, al otro lado de las dos primeras colinas. Al final de la segunda, verá un sendero a su izquierda. Vaya por él. Es el camino de Harry Powell, pero a él no le importará. Pase sus pastos y el camino se convertirá en grava. Sígalo colina arriba. No tiene pérdida.

Divertido, Richard asintió dando las gracias. Terminó su almuerzo, lo pagó, y se fue debatiéndose entre si ir primero a la iglesia o a las ruinas. Todavía había bastante claridad. Podría ver las ruinas, luego volver y parar en la iglesia. Los amigos de Hereford de Lucy no lo esperaban hasta las ocho.

Siguió el sendero serpenteante entre los altos setos de zanahorias silvestres mojados por la llovizna. Tomó el camino del señor Powell, esperando que Harry fuese tan transigente como dijo la mesonera. «En Inglaterra», decía siempre Lucy, «el mismo aire huele bien».

Respiró hondo. El mismo aire olía intensamente a vaca. El sendero volvía bruscamente en lo alto de una pendiente empinada. Redujo a segunda. Mientras el Morris subía la cuesta lentamente con golpes suaves, Richard rezaba para que una de las vacas del Señor Powell no escogiera de repente cruzar el camino. Por fin el terreno se niveló y apareció un descampado. Aparcó el coche. Se quedó sentado un momento, preguntándose si notaría alguna sensación de *déjà vu*, algún recuerdo genético del lugar, pero lo único de lo que tuvo constancia fue de una aguda sensación de pérdida.

Este era el viaje de Lucy. Ella debería haber estado aquí escuchando el arrullo de las tórtolas, viendo el revuelo de las hojas moteadas por el sol con la brisa del final de la tarde. Respiró profundamente otra vez, y esta vez el aire era dulce, una mezcla de tierra húmeda y vegetación. Respiró de nuevo, para asegurarse de que no era su imaginación, y esta vez capturó la fragancia picante de algo parecido a los claveles (clavelinas, las llamaba Lucy).

—¡Oh, Lucy! —suspiró—. ¡Oh, Ele!

Se secó la humedad de los ojos y salió del coche. Inmediatamente le impresionó el tamaño de las ruinas. Desde luego no había nada de miniatura en los muros de granito gris, el tamaño de los enormes bloques de piedra que se alzaban como juguetes gigantes abandonados en medio de la maleza. El armazón del torreón central se encumbraba tres pisos por encima de él. Un profundo hoyo indicaba dónde debía de haber estado el foso, según él caminaba lentamente hacia la gran estructura. Incluso después de ochocientos años era imponente. Bordeó los muros, donde las hendiduras de las flechas aún eran visibles en lo alto de los baluartes, y entró en el torreón. El tejado hacía tiempo que se había desplomado y también los pisos superiores se hallaban derruidos, pero la escalera de piedra todavía subía en espiral por la pared interna.

El musgo crecía en una chimenea que era lo bastante alta como para que un hombre entrara de pie, lo bastante profunda como para quemar árboles jóvenes. La pared de atrás estaba negra por el hollín de siglos. Maravillado, tocó la piedra oscurecida. *Esto es real, pensó, no como el espacio estéril de la Torre de Londres o de la Abadía de Westminster, donde el pasado estaba pulcramente catalogado y conservado detrás de cuerdas de terciopelo y cristal.* Aquí uno podía creer que un día los caballeros habían salido cabalgando, con las espadas en sus cinturones, las lanzas en las manos, preparados para la batalla por el honor de su rey. Inglaterra no siempre había sido un país de miniaturas. Un búho ululó y él se volvió, sobresaltado, y vio cómo una figura negra cruzaba el sol revoloteando.

Algo rojo se agitó cerca de su pie y se inclinó para cogerlo. Sobre la larga hierba había un envoltorio arrugado de caramelo, y entonces vio que el suelo estaba cubierto de envoltorios, botellas y latas, y que los grafiti habían estropeado la superficie áspera de las paredes.

Empezó a subir los peldaños con cuidado para evitar las grietas en las piedras. Los muros irregulares parecían dientes rotos frente al cielo, las enormes ventanas eran como cuencas de ojos vacías. En lo alto, miró el paisaje desde arriba.

Inglaterra se extendía ante él, un mosaico de tonos verdes, delimitado por setos y vallas y caminos sinuosos, salpicado de cabañas y graneros y, a lo lejos, al oeste, las montañas de Gales asomaban amenazantes como centinelas, como si todavía guardaran sus fortalezas.

—Aquí estamos, Ele. —Se agarró al borde, tan solitario como el castillo en ruinas bajo el cielo vacío. Habría sido distinto si ella estuviera aquí. Ella se habría reído y habría revoloteado de una cosa a otra, como un niño en la mañana de Navidad. Habría explicado almenas, merlones y arbotantes, y lo habría arrastrado por las piedras una docena de veces. «Aquí», habría dicho ella, «esta era la cocina y aquí estaban los establos, y aquí era donde dormían el señor y su señora...». Él habría escuchado, cautivado, no por la información, sino por la expresión de su cara, por la felicidad en su voz. A la luz del sol, su pelo —castaño ratón, lo llamaba ella; castaño ceniza, lo llamaba él— tendría un filo de plata dorada y sus pómulos marcados se habrían ruborizado con un rosa delicado. Y él habría encontrado esas clavelinas y las habría cogido todas para ella.

Se le encogió la garganta y su vista se volvió borrosa. A ciegas, se dio la vuelta para empezar a bajar los escalones. Fue demasiado tarde cuando oyó el crujido. La piedra bajo sus pies se desmenuzó en una lluvia de polvo y sintió que caía dando volteretas, indefenso como una muñeca de trapo. Se golpeó la cabeza contra la pared y oyó, como desde lejos, un claro chasquido. Tuvo justo el tiempo suficiente para implorar: «Llévame con Lucy», antes de que el mundo se oscureciera.



Castillo de Barland, Hereforshire  
Septiembre, 1214

La señora Eleanor de Lambert se apartó del telar. Le dolía la cabeza, tenía el cuello rígido y sus manos estaban irritadas de manipular las hebras ásperas de lana con los dedos helados. La lluvia golpeaba un monótono tamboreo sobre los postigos y el fuego anodino chasqueaba y silbaba con más fiereza de la que justificaba el calor que generaba.

Se levantó, estiró los hombros agarrotados y la espalda contraída. Habían pasado cuatro meses desde su veintiún cumpleaños, pero se sentía como una vieja con el triple de su edad. Al otro lado de la habitación, Úrsula, que tenía casi esa edad, hilaba con ahínco como si su vida dependiera de ello. Eleanor observó durante unos minutos a la mujer más mayor mientras trabajaba, ajena al escrutinio. Sus finos labios estaban fruncidos al canturrear una cancioncilla sin melodía y sus mejillas arrugadas, pálidas, se veían sonrojadas a la luz de las velas de junco, la única iluminación adicional de la habitación.

*Sin duda*, pensó Eleanor mientras se apartaba con un suspiro, *Úrsula está perdida en el recuerdo de tiempos más felices que estos*. Atizó el fuego, contenta de tener una excusa para inclinarse sobre su calor. Úrsula había sido el ama de cría de su madre y luego su doncella, y ahora, finalmente, servía a Eleanor.

Pero para Eleanor era mucho más que una sirvienta. Úrsula se había convertido en un baluarte, un refugio, un consuelo durante los meses desde la muerte de su padre, el viejo Hugh St. Clair, y el

subsiguiente matrimonio de Eleanor con Richard de Lambert por decreto del rey.

A Eleanor no le había sorprendido que el rey vendiera enseguida su tutela al mayor postor. Juan sin Tierra, Juan *Espada Blanda*, como lo llamaba su padre con burla, estaba notablemente bajo de fondos. Pero ella se había sorprendido al ver al hombre que venía cabalgando a través de las puertas de la fortaleza de Barland reclamando sus tierras y su persona.

*Richard pudo haber tenido su corazón*, pensó ella amargamente mientras escogía con indiferencia entre los rollos de nuevos tejidos. Era alto y moreno, su cuerpo delgado pero musculoso bajo la sobreveste y la armadura. Su pelo se rizaba en pequeñas ondas en la nuca y alrededor de las orejas y sus ojos eran de un azul brillante y penetrante. Pero Richard dejó claro que ella no le importaba nada, ni el personal de las tierras de su padre. Tanto a sirvientes como a hija no los consideraba más que propiedades por las que había pagado un gran precio. Y tenía intención de sacar el mayor partido de su dinero.

Hacía trabajar la tierra a los siervos feudales más duro de lo que habían trabajado nunca antes, exigía rentas más altas y más días en las tierras de la finca para que los campesinos tuvieran menos tiempo de cultivar sus propias parcelas.

Era cruel con su hermano Hugh, quien desde el principio no había ocultado que le indignaba la presencia de De Lambert en la finca. Richard había respondido convirtiendo al chico en blanco de sus bromas, ridiculizándolo delante de los hombres de armas, espoleándolo incesantemente hasta que se rebelara para luego patearlo como a un perro. Era despiadado con los galeses dirigiendo ofensiva tras ofensiva al otro lado de la frontera, incluso cuando el caudillo local se presentó la víspera de la fiesta de Lammas para ofrecerle un trato. Cuando el jefe, o el príncipe, como los galeses titulaban a sus insignificantes señores feudales, se negó a dejar a su hijo e hija como rehenes, Richard se había reído y había desgarrado el pergamino en tiras ante los ojos de los galeses. Les había tendido una emboscada mientras el grupo cruzaba la frontera de vuelta a Gales, había asesinado al hijo, agredido a la hija y había traído al

padre de vuelta a pudrirse en la mazmorra hasta que pagaron un rescate sustancioso.

Entre los demás barones de la zona lindante se le conocía como un matón y un fanfarrón, pero su valor en la batalla y la reputación de su destreza con la lanza y la espada eran incuestionables y le habían hecho ganarse el respeto reticente de los hombres más valientes de Inglaterra. Se decía de él que hasta el viejo Guillermo el Mariscal, el mayor soldado de Inglaterra, o de Europa, había elogiado su lucha.

Y de Eleanor él requería obediencia incondicional, sin pretensiones. Dos veces la había golpeado con la misma brutalidad desconsiderada que mostraba a los sirvientes cuando ella se había atrevido a cuestionar sus juicios en el tribunal feudal. Él también esperaba un hijo, y le enfurecía que hasta ahora no hubiera ningún síntoma de que ella llevara un hijo suyo. En privado, Eleanor esperaba concebir, ya que seguramente eso significaría que De Lambert la dejaría en paz de noche. Pero cada mes traía decepción, y aquellas pocas noches en las que él no se quedaba dormido bebiendo con sus compinches en el vestíbulo, se lo encontraba apareándose con ella en su cama.

La noche anterior había sido una de esas noches. Eleanor sabía que las manchas oscuras estropeaban la delicada piel bajo sus ojos y deslustraban su pálida tez hasta un blanco desvaído. Deseaba poder bañarse, para quitarse el hedor salado del cuerpo de su esposo de su piel, pero Richard se mofaba de sus delicadezas de niña criada en un convento y había prohibido a los sirvientes que llevaran agua caliente para llenar la pesada tina de madera.

—Quiero que mi mujer huela como una mujer—había dicho con una horrible sonrisa.

Un escalofrío le recorrió el espinazo al recordar cómo la había acariciado al resplandor de la luz del hogar. En ese momento ella había pensado que era un hechicero, como había pensado muchas veces antes, porque una vez en la cama a su lado su cuerpo respondía por voluntad propia. Por más que quisiera recordar sus mezquinas crueldades, sus sonrisas burlonas, sentía que toda su firmeza se derretía como la nieve de primavera en cuanto él recorría todo su

cuerpo con sus manos. Richard era un amante diestro, de eso no había duda, y obtenía un gran placer susurrándole sus vergonzosas proezas al oído, incluso mientras su carne tomaba posesión de la de ella. Eleanor se pasó una mano por encima de los ojos y suspiró suavemente.

—¿Cansada, querida? —Úrsula dejó a un lado la rueca, como si oyera el eco de los pensamientos de Eleanor.

Ella se encogió de hombros. No podía decírselo a Úrsula. ¿Cómo explicar que el mismo hombre que los maltrataba a todos hacía temblar su cuerpo con un placer inimaginable? Si dijera algo, probablemente Úrsula diría que esa parte del matrimonio, al menos, era el terreno de toda mujer. En vez de eso, logró mostrar una sonrisa cansada.

—Solo un poco. Está tan oscuro que se podría creer que es de noche.

—Y él es demasiado tacaño para permitirse unas pocas velas. —Úrsula aspiró.

Eleanor no dijo nada, aunque sabía que Úrsula tenía razón. Hasta el convento en el que había pasado su infancia era menos cicatero que Richard. La madre abadesa reverenda puede que fuera estricta, pero nunca fue cruel, y aunque la vida en el convento no había sido lujosa, nunca había sido dura. E incluso cuando la cosecha era escasa y las hermanas tenían tan poco para comer como los campesinos en los campos, siempre había habido la luz suficiente para leer, escribir, coser e hilar. Y desde luego nunca se había sentido como la prisionera que se sabía que era aquí.

Eleanor suspiró, añorando momentáneamente el lugar en el que había pasado la mayor parte de su niñez. La abadía cerca de Roeun era más hogar que este torreón de piedra austero con vistas a las montañas de Gales.

Después de que su madre muriera durante un parto, su padre, Hugh St. Clair, había enviado a Eleanor, su única hija, de cinco años por entonces, con su tía a Europa. Eleanor no había querido dejar las paredes blanqueadas, los tranquilos jardines, la larga biblioteca de techos altos y el limpio refectorio que siempre olía gratamente a hierbas. Pero la madre reverenda había insistido en

que debía pasar tiempo en el mundo antes de considerar tomar el velo, y Eleanor sospechaba que la vieja monja era lo bastante perspicaz como para darse cuenta de que su padre habría sitiado el convento antes de permitir que la herencia de su hija cayera en manos de la Iglesia.

Un tronco despidió una lluvia de chispas y sacó a Eleanor de golpe de su ensoñación. El pasado se había ido. No servía de nada lamentarse.

—Debe de ser casi la hora de cenar, de todos modos. ¿Por qué no dejas eso a un lado y yo iré a comprobar...? —Unos gritos desde el patio la interrumpieron. Eleanor se detuvo, preguntándose qué era lo que podía haber pasado para que los fuertes postigos de madera no silenciaran el ruido.

Unas pisadas subieron golpeando por las estrechas escaleras. Eleanor oyó voces que la llamaban. Abrió la puerta de golpe.

—¿Sí?

—Mi señora, mi señora, ven rápido. —Ralph, el encargado gordo de cara enrojecida, había subido los escalones resoplando, con la cara arrugada de angustia. Frunciéndole el ceño de preocupación a Úrsula, Eleanor recogió sus faldas raídas y siguió al hombrecillo escaleras abajo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué pasa?

El hombrecillo no pudo responder. Solo sacudió la cabeza y jadeó en busca de aliento. Al final de la escalera estaba Hugh de pie, quitándose la capa, con las prendas chorreando agua.

—¡Hugh! —gritó Eleanor, mientras contemplaba a los sirvientes que corrían a toda prisa y las puertas abiertas de par en par donde los hombres de armas voceaban en el patio—. ¿Qué ha pasado?

—El cabrón... —dijo Hugh a través de los dientes apretados—. Al final consiguió lo que merecía.

—¿Qué quieres decir? —interrumpió Eleanor al ver a los hombres a quienes estaban transportando hacia el vestíbulo. Geoffrey de Courville y dos hombres de armas estaban intentando introducir un cuerpo que yacía inmóvil de una manera poco natural.

Alargó la mano para tocar a Hugh.

—¿Qué ha pasado? Dime.

—Mi señora. —Geoffrey estaba de pie delante de ella con el yelmo en la mano, la sangre y el barro veteaban su cara de nariz corva. Sus hombros anchos estaban hundidos debajo de la cota de malla y su capa ondulaba sobre sus piernas como la colada húmeda. Sus ojos separados y oscuros estaban ensombrecidos con una expresión que ella no pudo descifrar—. ¿Puede venir?

Ella echó otro vistazo a su hermanastro, que se encogió de hombros y se apartó.

—¿Puede decirme, por favor, qué ha pasado aquí, sir Geoffrey?

Hizo un gesto hacia las figuras que yacían sobre pieles y juncos cerca del hogar. El fuego había sido atizado apresuradamente hasta darle una vida crepitante y las llamas parpadeaban sobre los cuerpos inmóviles. Los sirvientes iban apresurados de un hombre a otro, con vino, vendas y mantas. Ella dejó que él la guiara.

—Los galeses, mi señora. —Su voz era ronca, sus hombros estaban hundidos debajo de la capa—. Estaban escondidos en el bosque... nos dispararon...

—Dile por qué—Hugh agarró al hombre más mayor por el brazo y se puso delante de ellos—. Dile la verdad. Dile por qué.

—Apártate, gallito. Eso no es asunto suyo. Su esposo sí.

Mientras Geoffrey y Hugh se miraban fijamente el uno al otro a los ojos, Eleanor se separó de los hombres. Fue corriendo hasta el hogar, sorteando a los hombres heridos. Algunos gemían, otros respiraban con dificultad, otros yacían quietos. Todos estaban ensangrentados. Se agachó para buscar a De Lambert. Yacía junto al fuego, el astil de una flecha sobresalía de la parte superior de su pecho, tenía una herida sangrienta en la garganta y otra flecha en un costado rodeada de una mancha que se extendía. Su cara se veía desvaída a la luz rubicunda. Ella le tocó el pecho y no sintió movimiento bajo sus dedos.

—¿Mi señora? —Era Ralph, sosteniendo una palangana de agua y paños de lino limpios sobre el hombro.

Ella vaciló, sostuvo los dedos sobre la boca de De Lambert. Sus labios estaban azulados. La barba de varios días era una sombra oscura sobre la barbilla y ella se fijó, de manera incongruente, en lo cincelados que eran aquellos labios y en el hoyuelo de la

barbilla. No había signos de respiración y, con indecisión, haciendo una mueca mientras tocaba con los dedos la sangre pegajosa de la herida de la garganta, buscó a tientas el pulso en su cuello. No había nada.

—He traído agua para el señor Richard —Ralph tendió la palangana.

—Ya no sirve de nada, Ralph. —Se balanceó hacia atrás sobre sus talones y se limpió la mano manchada de sangre en la capa empapada de De Lambert—. Envía a buscar al sacerdote. El señor Richard está muerto.

Ella esperó en el vestíbulo, observando con curiosa indiferencia a la mujer que cuidaba a los heridos, al hombre que sacaba a los muertos. Cuando una de las mujeres tropezó por la temblorosa luz, el grito del hombre herido la despertó.

—Trae velas —le dijo a Ralph.

—Pero, mi señora. El señor Richard...

—El señor Richard está muerto. —Era la cuarta o quinta vez que decía esas palabras, como si fueran un ensalmo. O una oración, pensó. Hugh se sentó en la larga mesa, sobre el estrado en el extremo opuesto al vestíbulo, observando con satisfacción, bebiendo vino caliente acompañado con los preciados víveres que Richard guardaba con tanto celo. *Había guardado*, pensó ella para sí.

Buscó a De Courville por todas partes, pero se había ido para asegurarse de que las defensas de la finca estaban a salvo en caso de que los galeses estuvieran planeando un ataque.

Úrsula estaba entre las mujeres que atendían a los heridos. De vez en cuando, alzaba la vista hacia su ama y Eleanor se encontraba con su mirada serena.

Ralph había visto que el cuerpo de Richard estaba colocado sobre un jergón bajo, lejos de los heridos, y yacía casi en la misma posición en la que lo habían traído. No tenía sentido amortajar el cuerpo hasta que hubiera sido absuelto. El cuerpo. Eso. *Ahí*, se dijo a sí misma. *Eso es lo único que es él, eso. No es tu guardián, ni tu esposo. Está muerto, y tú eres libre.*

Libre como no había sido nunca antes. Ahora tenía veintiún años, era una mujer de pleno derecho y una viuda. Ni siquiera el rey podría obligarla a casarse en contra de su voluntad. Oh, podría presionarla quizá. Pero ya no era una menor de edad desamparada que necesita un guardián para ser vendida como una vaca lechera, al mejor postor.

Echó un vistazo hacia donde estaba sentado Hugh, vigilando, sus piernas desgarradas estiradas delante de él. Su cara estaba escondida en las sombras, pero ella sabía que no había apartado la vista del cuerpo inmóvil de Richard desde que ella había anunciado su muerte.

Los portones se abrieron de golpe y, con un torrente de agua y un remolino de aire, el sacerdote, el padre Alphonse, entró sacudiéndose la lluvia de su capa negra.

—¿Señora Eleanor?

Lentamente, ella avanzó y señaló el cuerpo. El sacerdote entregó su capa a una sirvienta que había aparecido de entre la penumbra y sacó un frasco de agua bendita de una talega que llevaba a la cintura. Por encima de la larga túnica negra llevaba una estola alrededor del cuello. Los extremos colgaban casi hasta las rodillas. Con esa larga nariz normanda y los hombros estrechos encorvados contra el frío, a Eleanor le recordó a un cuervo vestido para ir a la iglesia.

Ella hizo una reverencia y él esbozó una bendición sobre su cabeza.

—¿El señor Richard?

—Venga, padre. —Ella lo condujo hasta el cuerpo y se retiró un poco hacia un lado. Se dejó caer encima de uno de los largos bancos que bordeaban las paredes del vestíbulo y observó mientras el sacerdote se inclinaba sobre el cuerpo con el agua bendita en la mano. Las mujeres del servicio susurraban entre ellas y le dirigían miradas furtivas. Ella sabía lo que susurraban. Ella también dudaba que hubiera algo que él pudiera hacer para salvar el alma de su esposo.

El grito del sacerdote la asustó y la sacó de su indiferencia.

—¡Mi señora! —Estaba de pie, con una mano huesuda contra el pecho de Richard—. ¡Mi señora, un milagro! ¡No hay duda de que Dios ha obrado un milagro hoy! ¡El señor Richard está vivo, demos gracias a Dios! ¡Está vivo!

Hugh salió desbocado de su silla y atravesó corriendo el vestíbulo.

—Grajo mentiroso... está muerto. Está muerto... o si no, ¡yo lo mataré! —Antes de que Eleanor o cualquiera de los otros pudiera reaccionar, Hugh estaba de pie sobre el cuerpo, puñal en alto.

El padre Alphonse se plantó delante del jergón.

—¡Hijo mío! —Su profunda voz retumbó a través del vestíbulo cavernoso y resonó en el techo alto—. ¡Expones tu alma inmortal con tales amenazas! Guárdate, no fuera que te condenes.

Hugh vaciló y se encontró con los ojos firmes del sacerdote, con la barbilla alzada y la boca taciturna. Al ver que Alphonse no se acobardaba, Hugh dejó caer el brazo y se apartó. Eleanor se puso de pie, se sentía aturrida por la conmoción y la incredulidad. Le temblaba la voz.

—Padre. ¿Dice que está vivo?

—Sí. ¡Alabemos a Dios! ¿Estás sorda, mujer? ¿Tu esposo vive y tú te quedas mirando boquiabierta como una oveja? Eh, tú...

—Alphonse miró a Úrsula—. Tráeme vino... trae vendas... trae hombres para llevar al señor Richard a su cama.

Hugh volvió y se quedó junto a ella, con la cara enardecida y los labios apretados. Todavía agarraba la empuñadura de su puñal dentro de la vaina, y Eleanor se estiró y sujetó su brazo, tanto para estabilizarse ella misma como para refrenarlo.

—No te preocupes, Eleanor. Nosotros mismos nos desharemos de ese cabrón, te lo prometo. Por la tumba de nuestro padre, lo prometo.

Como si estuviera en un sueño, Eleanor observaba mientras las mujeres corrían a toda prisa para cumplir la orden del sacerdote y Ralph dirigía a los hombres que se llevaban a su esposo del vestíbulo. Esto no era un sueño, recapacitó. Esto era una pesadilla, y de ella no habría despertar.